



Juan José Morosoli

**En esta edición recordamos al
gran escritor minuano.**

**Además publicamos textos de:
Carmen Martínez- Nilo Pérez- Aurora Suarez-
Marciano Durán- Dimas Ipuche-
Camila Bentancur- Teresa López .**

LA LLUVIA

Ver llover allí, en aquella chacra, era una cosa que causaba placer. Un placer tranquilo que aún me alegra.

No olvidaré nunca aquella mañana. Hasta aquel día no había sentido la emoción de la lluvia. Me parecía que el campo y el árbol y yo éramos felices de la misma manera: quedándonos quietos y dejándonos penetrar por aquella música mansa y aquella lluvia lenta que caía sin interrupción.

A mi hermana le gustaba mucho jugar a las casitas. Con cuatro palos, algunos cueros y unos mazos de paja mansa, había construido la suya. Era una vivienda como la de los indios.

El agua vino despacio. La sentimos llegar. La vimos venir, borrando cerros, y dejando todo detrás de su vidrio esmerilado. Las gallinas corrían apresuradas y ganaban hornos y graneros. Lejanos cantos de aguateros y alborozados gritos de teru-terus confirmaron la presencia lejana de la lluvia. Unos horneros vinieron hasta donde nosotros. Los vimos volar y luego detenerse en la horqueta de un árbol. Habían elegido hogar. Cuando llegaron las primeras gotas, picotearon la tierra y trajeron una mota en el pico. Colocaban la piedra fundamental de su casa.

Las gentes del pago comenzaron a llegar a los ranchos. Venían a jugar a las cartas. La lluvia creaba una sociedad candorosa, sencilla y feliz.

Desde los cerros comenzaban a bajar pequeñas corrientes. En las quebradas nacían cañadas. Al campo le nacía un sistema de venas. Mirando éste, recién comprendí el mapa con los azules nervios de sus ríos dibujados.

Sobre los cueros llovía lentamente. Aquel asordado tambor nos iba invadiendo. De tarde mi hermana volvió a la casita. Quería pasar la tarde con las niñas de la chacra jugando a las abuelas.

Quería hacer cuentos de su juventud y me pedía a mí que me portara mal así podía decir a cada rato que los hijos daban mucho trabajo.

Mi hermana –la abuela- tenía doce años.

Aquella tarde fue una de las más felices de mi vida.

Juan José Morosoli

EVOCACIÓN

En nombre de mis padres cantaré al viejo pago,
con mi voz popular, sin mentira ni halago.

Hablaré del paisano sin fanfarria ni brillo,
heroico, solitario, poderoso y sencillo.

Nombraré a Treinta y Tres por sus sierras miliares,
donde los cascos sueñan tambores militares.

Por sus azules, débiles, aceradas praderas,
donde el fruto mediocre de flacas sementeras

No es lo más importante, pues el toro mugiente,
y el potro desafiante y varón imponente

Andan en estas tierras sonoras, resonando,
su ímpetu de machos, la libertad cantando.

Luis Hierro Gambardella

NUESTRA CANCIÓN

¡Vamos mis compañeros a vivir el amor!

Rayos grandes de luz luminosa,
nos esperan cantando esta canción.

Pues la vida quiere regalarnos
Lunas blancas y días de Sol.
Para eso debemos unirnos
a alumbrar el camino interior.

Y a ésta vamos a agregarle
mente abierta, paso protector,
y agradezco al Padre que lo tengo,
para ser cada día mejor.

Envíemos mensajes al mundo
de la fuerza de nuestro Señor,
que al regar nuestras rosas temprano
han dejado de sentir calor.

Si ya sabes cuál es la promesa,
vamos arriba mente y corazón.
¡Vamos arriba, mente y corazón!
¡Vamos arriba, mente y corazón!

Teresa López Amorín

“Inteligencia es lo
que usas cuando
no sabes qué
hacer”.

Jean Piaget

(1896-1980) Filósofo y
psicólogo suizo.

EL ORIGEN DEL ANGEL REBELDE

Creo en un Dios que existe.
No juzga, censura o condena.
Su voz no reclama, él desiste.
No cura el mal con cadenas.

Apoya el amor ante nada,
no enseña de odio o tortura.
Él cree que la gente no es mala,
y lo que otros dañan, el cura.

No manda matar, él no insulta,
no encierra, golpea o grita.
Mi Dios, él jamás clasifica
a la gente por fea o inculta.

¿Qué amas? ¿Quién tiene la culpa?
No escucharás, no de su boca,
no ha de arrepentirse de vidas,
porque él mismo las provoca.

Y aunque hoy anuncien su nombre
firmando a sus tristes mentiras,
no saben, mi Dios no es un hombre
que alabe su cruel tiranía.

Camila Bentancur

CUANDO DESPIERTO.....

ESCUCHO EL SILENCIO DE LA RISA,
QUE VAILOTEA CON LA CORTINA AZUL
EL ANGEL DIBUJADO EN LA PARED,
ABRE SUS OJOS, AL PEQUEÑO HAZ DE LUZ.

PEQUEÑOS PASOS SIENTO JUNTO A MI CAMA,
EN EL SILENCIO DE MI HABITACION
Y LO VEO PARADO A MI ARAMIS,
AVISANDOME QUE YA, HA SALIDO EL SOL.

MI PEQUEÑA MASCOTA, MI AMIGO,
AQUEL QUE A MIS PIES SE ACURRUCÓ,
QUE VIGILA EN SILENCIO MI TRANQUILO SUEÑO,
SEGURA ESPERANZA, DE PERRUNO AMOR.

SE DISIPAN LAS SOMBRAS, MUERDE EL SILENCIO,
LA VOS DEL NUEVO DIA, SE ESCUCHÓ,
Y TIENDE SUS BRAZOS AL ENCUENTRO
LA MODORRA DEL SUEÑO, QUE SE FUGÓ.

Y CRECEN LAS LUCES EN EL CUARTO,
PARTEN LOS FANTASMAS DE LAS SOMBRAS
DIBUJANDO CHISPITAS DE COLORES.
EN LA CORTINA AZUL, QUE SE ELEVA SOLA.

María Aurora Suarez

TODAVÍA

No lo creo todavía
estás llegando a mi lado
y la noche es un puñado
de estrellas y de alegría

palpo gusto escucho y veo
tu rostro tu paso largo
tus manos y sin embargo
todavía no lo creo

tu regreso tiene tanto
que ver contigo y conmigo
que por cábala lo digo
y por las dudas lo canto

nadie nunca te reemplaza
y las cosas más triviales
se vuelven fundamentales
porque estás llegando a casa

sin embargo todavía
dudo de esta buena suerte
porque el cielo de tenerte
me parece fantasía

pero venís y es seguro
y venís con tu mirada
y por eso tu llegada
hace mágico el futuro

y aunque no siempre he
entendido
mis culpas y mis fracasos
en cambio sé que en tus
brazos
el mundo tiene sentido

y si beso la osadía
y el misterio de tus labios
no habrá dudas ni resabios
te querré más...todavía.

Mario Benedetti

“El instinto dicta el
deber y la
inteligencia da
pretextos para
eludirlo”.

Marcel Proust
(1871-1922) Escritor
francés.

Recordando a ... JUAN JOSÉ MOROSOLI



Nació el 19 de enero de 1899 en Minas, Departamento de Lavalleja, y murió el 29 de diciembre de 1957.

Hijo de un inmigrante suizo de profesión albañil, concurre a la escuela sólo hasta cuarto año, cuando debe abandonarla para comenzar a trabajar.

Posteriormente, en 1920 (luego de trabajar en la librería de su tío) se instala con un pequeño café ubicado en la calle 25 de mayo y Washington Beltrán.

Poco tiempo después establece el Café Suizo, donde se reunían un casi legendario grupo de Escritores Minuanos integrado por José María Cajaraville, Valeriano Magri, Julio Casas Araújo, y el propio Morosoli.

Son en 1923 sus primeras incursiones en el periodismo, bajo el seudónimo "Pepe". A partir de allí, colabora con varias publicaciones, entre ellas: "La Unión" de Minas, y los Montevideanos "El Día", "Mundo Uruguayo", y "Marcha".

Entre 1923 y 1928 escribe varias obras de teatro. En 1928 publica dos libros de poemas: un volumen colectivo - junto a Magri, Cajaraville y Casas Araújo - titulado "Bajo la misma Sombra", y otro, unipersonal titulado "Los Fuegos".

En 1929 contrae matrimonio con Luisa Lupi, unión de la que nacen sus hijas María Luz y Ana María. En 1932 publica el volumen de narrativa "Hombres". En 1936 aparece la que será su obra mayor: "Los albañiles de los Tapes". Luego, en 1944 aparece "Hombres y Mujeres", seguido en 1947 por la primera edición de "Perico", en 1950 "Muchachos", y en 1953 "Vivientes".

Con posterioridad a su muerte, aparece, en 1959 "Tierra y Tiempo", año en que le es otorgado, en forma póstuma, el Premio Nacional de Literatura.

La Fundación "Lolita Rubial", crea en 1991, la medalla "Morosoli" - Símbolo del Movimiento Cultural Minuano, y en 1995, la Estatuilla "Morosoli" y el Premio "Morosoli" - Homenaje a la Cultura Uruguaya.

Hoy, unánimemente, la Crítica Literaria lo considera uno de los grandes de las Letras Uruguayas. Sus textos que fueron de lectura curricular, transmitieron a muchas generaciones lecciones muy valiosas de humanismo y afecto.

EL CAMINO

Nuestro rancho estaba en el fondo del campo. Era el último "puesto" de la estancia. La escuela quedaba lejos.

Como no había caminos, para llegar a ella hubiéramos tenido que hacer un rodeo muy largo.

Nosotros oíamos hablar de aquel camino que nos acercaría a la escuela; a los niños y a los libros. Acaso cruzaran por él carretas y tropas y caballadas.

Pero al dueño del campo no le gustaban los caminos. Camino, camino, camino. Ya era él una presencia llena de nuestra simpatía. Sabíamos que era algo más que una huella. Que estaba siempre quieto entre los alambrados tensos y derechos.

Que por él andaba nuestro padre y encontraba amigos y veía casas sucesivas y almacenes con jarras pintadas y recados y golosinas. Que por él iba al pueblo donde había como mil casas todas juntas...

Un día llegaron unos hombres. Clavaron banderines rojos por toda la extensión ilimitada...

Después llegaron más hombres y máquinas y carros y fueron haciendo el camino. Por él fuimos a la escuela.

Éramos seis hermanos galopando alegres y felices. El camino traía y llevaba gentes que hablaban con mi padre. Hablaban del propio camino y de ellos mismos y de nosotros y de la ciudad.

Un día mi padre y mi hermano mayor partieron hacia ella. Después lo hicimos nosotros. Llevábamos lo que teníamos. Al rancho le sacamos las ventanas y la puerta. Desde el camino nuestra casa parecía una cosa muerta, sin ojos y sin boca.

El camino nos llevaba y huía de la tapera. No mirábamos para atrás por miedo de que la tierra nos llamara.

Juan José Morosoli

PARNASO es una revista literaria editada en la ciudad de Treinta y Tres, por el grupo de escritores de igual nombre, que se reúne los jueves a la hora 16:00 en la sala Socios Fundadores de COMAC. Redactor responsable: Aníbal Terán Castromán, domiciliado en Simón del Pino 750, teléfono 44 52 24 52, correo electrónico: www.ateran@com.uy Los conceptos vertidos en cada artículo no comprometen otra opinión que la del autor.

LA SOLEDAD

Domínguez llegaba recién de las lagunas cortadas, con la ración para el caballo. Era su única tarea. Iba allá todos los días a recoger gramilla de superficie, y hojas de parietaria de los troncos podridos de los sauces, para darle a su viejo caballo. Era éste un animal sin dientes, bichoco y con los ojos opacos de nubes lechosas. Pero era también la única cosa viva que tenía Domínguez, para ocuparse de algo en la vida. Después de alimentarse él, no tenía nada, absolutamente nada de qué ocuparse. Estas hierbas que Domínguez traía a su caballo, eran el único alimento que el pobre animal podía comer. Enflaquecía a ojos vistas y era seguro que no salvaría con vida el invierno que comenzaba.

Ahora que había terminado con la tarea de racionar el caballo, Domínguez acercó la silla petisa, de asiento de cuero de vaca, hasta las tunas, se sentó y empezó el mate dulce. Era el desayuno. Pero no tenía azúcar. Hacía dos días que desayunaba, almorzaba y cenaba con mate dulce y el azúcar se había terminado. Pensó si iría a lo de un sobrino que tenía del otro lado del pueblo a procurarse algún alimento.

No tenía deseos de ir, porque el sobrino, junto con algún trozo de carne, gustaba darle consejos. Siempre le decía que parecía mentira que siendo tan viejo no hubiera aprendido a vivir. Y Domínguez se tenía "que olvidar sus canas y sujetarse las manos para que no se le estrellaran en los cachetes del mocoso".

Sí. No deseaba ir. Pero dos días sin comer ablandan el cogote... Tal vez podía pedir fiado en el boliche nuevo. Pero a lo mejor el bolichero nuevo estaba avisado por los bolicheros viejos... a los que Domínguez tenía "marcados y contramarcados". Y no es que fuera mal pagador. Lo que pasaba es que la pensión era muy chica. Y que cuando él cobraba se olvidaba que debía y se iba a comprar al centro con la piara en la mano.

Además por tres o cuatro días le gustaba ver vino, queso y dulce en la mesa.

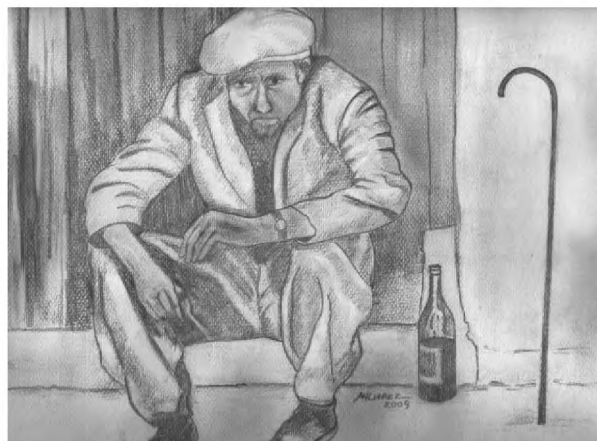
Fue entonces que oyó el tambor y el clarín del circo. Un payaso jinete en un elefante andaba por las calles anunciando la función de la noche. Recordó enseguida que el hijo menor de Umpiérrez había pasado por allí, arrastrando una bolsa de gatos -una gata parida con seis gatitos- camino del circo.

-¿Qué herejías le andas haciendo a esos bichos? -le preguntó.
-Los llevo al circo... Compran gatos, perros y caballos, para darle de comer a las fieras...

Domínguez miró al fondo del terreno donde estaba el caballo viejo. Que el animal estaba cerca del fin no había duda...

-Habría que enterrarlo, pensó. Sacarlo de allí en una rastra... Pagar por ese trabajo. . . La policía siempre aparecía en esos casos... El rancho estaba en la "planta urbana"... Un caballo muerto es un problema bárbaro... Si no estuviera en la planta urbana se muere y se lo comen los cuervos... Pero... Lo volvió a mirar y lo hallaba cada vez más flaco...

Se paró con la yerba del mate sin mojar todavía. Se acercó al animal. Sobre los ojos tenía dos pozos como dos nueces... En el hocico empezaba a prosperar una granazón como una eczema fina y supurante. De noche tosía como un hombre. . . Algunos días ni las yerbas de la laguna comía... Pensándolo bien, con matarlo se le hacía un favor... Porque era evidente que se estaba muriendo en pie.. .



Pero morir se porque a uno le llegó la hora, o porque quién sabe quién lo ordena, es una cosa y que a uno lo maten para darle de comer a los bichos que hacen prueba, es Otra cosa... Está bien.

El caballo viene hacia él. Siempre hace así. Se queda al lado hasta que él se vuelve hacia el rancho y entonces lo va empujando cariñosamente con la cabeza calzada en sus espaldas... Es lo que hace ahora.

De tardecita salió. Ya había resuelto todo. La resolución era esta: irse al boliche nuevo a pedir fiado. Si el hombre le fiaba, bien. Si no, iría al circo. ¿Qué iba a hacer?

-Bueno -le dijo al bolichero- yo soy Domínguez, el que vive en el rancho aquel... Soy pensionista pero todavía no vino el pago... necesito gastar dos o tres pesos... Y agregó solemne:
-Si quiere saber cómo cumplo mis compromisos, pregunte en los otros boliches... Cuido más mi nombre que mi ropa... Y tengo fama de aseo.. .

Sonrió y esperó la respuesta. Pero el otro también era especial. Le dijo lo siguiente: -Mire, señor Domínguez, siento mucho no poderle fiar, porque usted se ve que es bueno derecho, y porque es pensionista además... a mí la gente pensionista, me gusta mucho. Pero mi capital son cien pesos... Cuando tenga más capital venga no más... ¿Oyó? Se dio vuelta y se fue.

-Si algún día tengo plata, -se dijo- lo que es a éste no le compro nada... Se ve que es un desconfiado número uno...

Entre aquel olor a pasto, orines y carne podrida estaban las jaulas. El iba por el corredor a oscuras. Las jaulas estaban a los lados. Se sentían movimientos y quejidos y ronquidos, pero no se veía nada. Sólo cuando se paró a hablar con el hombre vio ocho o diez puntos azules, como bocones con luz, que sin duda serían los ojos de los leones o de los tigres.

-Vengo a vender un caballo. Medio grande -dijo.
-¿Gordo? -No. Viejo... Caballo viejo gordo no hay... Pero es un caballo sano... -Ocho pesos -contestó el otro. Domínguez preguntó: -Dígame una cosa: ¿Cuánto vale un cuero?

-¿Usted viene a vender un cuero o un caballo? -Un caballo.
-Bueno, si quiere lo trae sin cuero... Y ocho pesos... Y hoy, tiene que ser hoy... Pasado mañana nos vamos...
-¿Ustedes lo van a buscar?
-No, lo trae usted, hoy. Pasado mañana nos vamos. (sigue)

Lo trajo. Venían despacio. Muy despacio. Casi nadie se daba cuenta de que caminaban. Iban en la oscuridad como otra oscuridad que caminaba.

El caballo le había calzado la cabeza en la espalda, como empujándolo, pero sin duda para no perderse. . .
Domínguez sentía la cabeza en la espalda como un dolor que le llegaba del caballo.

Entró. Los bichos parecieron enloquecerse. Sabían que aquello era la comida. Lo entregó allí en el corredor lleno de olores ácidos y ruidos.

-¿Cómo lo matan? -preguntó.

-Con eso.

El hombre, con una pequeña linterna señaló un marrón enorme lleno de sangre y pelos.

-¿Ahora?

-Sí, antes de la función. Los leones son viejos... Matamos el caballo delante de ellos y no les damos de comer... Cuando entran al circo parecen leones jóvenes.

Le dio los ocho pesos.

Domínguez empezó a caminar por el corredor a oscuras como borracho. Salió a la noche. Estaba enfermo. Con náuseas.

Entró en el primer boliche, tomó dos o tres cañas y después rumbeó hacia el mercado. Al fin llegó al rancho.

En medio de la noche sentía los ecos de la banda. Después los ruidos y aplausos y música otra vez. En el cielo la estrella de luces del circo se levantaba como un barco detenido.

Era muy tarde. Ahora ya no sentía nada ni estaba la estrella de luces. La noche se había vaciado de golpe y en ella quedaba solamente él, al lado de las tunas, con un fuego apagado y un asado que no había comido, esperando que amaneciera.

No fumaba, no pensaba, no estaba triste, no hacía nada más que estar en la noche, hasta que se dio cuenta que era una bobada esperar que amaneciera.

No tenía nada que hacer. Ni traer pasto de la laguna.
Ya nunca, nunca, lo que se dice nunca, tendría más nada que hacer.

Nada. Nada.

Entonces se puso a llorar.

Juan José Morosoli

EL CUARTO DE LOS JUGUETES

Cuando mi madre estuvo grave, nosotros salimos de nuestro hogar. Mi abuela se llevó a mis hermanos más chicos y yo fui a la casa que era la más lujosa del pueblo. Mi compañero de banca vivía allí.

La casa no me gustó desde que llegué a ella. La madre de mi compañero era una señora que andaba siempre recomendando silencio. Los criados eran serios y tristes. Hablaban como en secreto y se deslizaban por las piezas enormes como sombras. Las alfombras atenuaban los ruidos y las paredes tenían retratos de hombres graves, de caras apretadas por largas patillas.

Los niños jugaban en la sala de los juguetes sin hacer ruido. Fuera de aquella sala no se podía jugar. Estaba prohibido. Los juguetes estaban alineados cada uno en su lugar, como los frascos en las boticas.

Parecía que con aquellos juguetes no hubiera jugado nadie. Yo hasta entonces había jugado siempre con piedras, con tierra, con perros y con niños. Pero nunca con juguetes como aquellos. Como no podía vivir allí, mi padrino don Bernardo me llevó a su casa.

En lo de mi padrino había vacas, mulas, caballos, gallinas, un horno de cocer pan y un cobertizo para guardar el maíz y alfalfa. La cocina era grande como un barco. En el centro tenía un picadero de leña enterrado en el suelo. Cerca de la chimenea una llanta de carreta reunía pavas, parrillas y hombres. Pájaros y gallinas entraban y salían.

Mi padrino se levantaba a las cinco de la mañana, y comenzaba a partir la leña. Los golpes que daba con el hacha resonaban por toda la casa. Una vaca mimosa venía hasta la puerta y mugía apenas lo veía. Luego un concierto de golpes, balidos, gritos, cacarear y batir de las alas, conmovían la casa. A veces al entrar en las piezas, el vuelo asustado de un pájaro que se sorprendía nos paraba indecisos. Era una casa viva y trepidante. La leche espumosa y el pan casero, suave y dorado, nos acercaba a todos a la mesa como a un altar.

Nuestras mañanas transcurrían en el granero oloroso de alfalfa. De unos agujeros altos, que el sol perforaba, caían hacia el piso unas listas de luz donde danzaba el polvo. Las ratoneras entraban y salían por todos lados, pues allí había muchísimas.

En casa de mi padrino supe que los juguetes y los juegos que hacen felices a los niños no están en las jugueterías.

Juan José Morosoli

“Lo mejor de mi naturaleza se revela en el juego, y el juego es sagrado”.

Karen Blixen

“La mayoría de la gente considera la vida como una batalla, pero la vida no es una batalla sino un juego”.

Florence Scovel

“Dos cosas quiere el hombre de verdad: el peligro y el juego. Por eso quiere la mujer, que es el juguete más peligroso”.

Friedrich Nietzsche

GORRIÓN DE MI PUEBLO

Res eco del pasado, fortaleza del presente, modelo de juventud.
Tu sacrificio no es en vano, dejando en tu trajinar supervivencia
de un pueblo uruguayo que te vio nacer, de este Treinta y Tres.

Tu presencia por las calles trae consejos, dulzuras, y corre en tu
mente hermosa literatura. El río, el arroyo el parque y el monte,
allegar el día despiertan con tu pregón. Las aves imitan con
trinos tu voz.

Quisiera amigo que copien tu ejemplo los niños, los jóvenes que
miran en vos. Canasto de mimbre en tus manos activas, la masa,
los dulces, como las cremas traídas a os barrios por ti, pastelero.

Quizás algún día raspasen fronteras y llegue tu ejemplo Darío,
tu vida de sacrificio, tu real historia.

Que siga el pregón a orillas del río, traído en tus labios, gorrión
pastelero. Que Dios te abra paso y sigas trayendo sonrisas,
dulzuras, humildad y amistad.

El calor sincero que dan tus brazos y esa hermosa cultura que
anida en tu mente, querido Darío, pastelero.

Odilia Carmen Martínez

CUANDO VUELVAS

Cuando vuelvas a mí, cuando regreses,
abriré de la casa las ventanas de par en par,
así, para que entres, como el sol que nace en la mañana.

Cuando vuelvas, mi bien, no importa el tiempo,
florecerá el amor como en rosales, y se abrirán sus pétalos al viento,
aromando los viejos ventanales.

Y ese día feliz en que a mi lado vuelvas,
con los ojos diré que te perdono,
y mis brazos se abrirán para abrazarte.

Nilo Perez

TODO SE RENUEVA

Todo tiende a renovarse: la flor se marchita, cede el
lugar a un nuevo capullo; la semilla que se pudre,
produce una nueva espiga; la noche que se cierra,
preludia nueva aurora; la muerte queda compensada
con un nuevo nacimiento.

Y el hombre ha de renovarse también; sobre la
destrucción del hombre viejo del pecado ha de surgir
el hombre nuevo de la gracia; hombre nuevo, que se
ha de señalar estas metas: emerger del silencio, para
ser el Verbo creador; gozar con el dolor del
alumbramiento, para ser el hombre-niño; deponer
esclavitudes, para ser el hombre-libre; conquistar la
realidad de su existir, para ser el hombre-nuevo.
Hay que mirar la vida con alegría, entristeciéndose y
avergonzándose sólo del odio y no del amor; hay que
encariñarse con el mundo y con la vida; hay que
ponerle multa al miedo y perseguir el pesimismo; hay
que mirar siempre hacia las alturas, al azul del cielo y
no sólo deslizarse al ras de la tierra.

“Habéis sido enseñados conforme a la verdad del
Maestro a despojaros, en cuanto a vuestra vida
anterior, del hombre viejo que corrompe, siguiendo la
seducción de las concupiscencias, a renovar el espíritu
de vuestra mente y a revestiros del Hombre Nuevo,
en la justicia y en la santidad de la verdad”.

Dimas Ipuche

“A perdonar sólo se aprende
en la vida cuando a nuestra
vez hemos necesitado que
nos perdonen mucho”

Jacinto Benavente

“Perdonar es el valor de los valientes. Solamente aquel que es
bastante fuerte para perdonar una ofensa, sabe amar”.

Gandhi

ZAPATERÍA Y TALABARTERÍA

TITO COSTA

Camisas de tartán, pantalones de trabajo, plantillas, guantes, ponchos, sombreros, cambios de cierre de camperas,
miel de producción propia.

Pablo Zufriategui 353 casi Simón del Pino- Celular 099 938 476

(NOS) ESTAMOS CONSUMIENDO

Dicen los sicólogos que cuando uno empieza diciendo "Mirá, no te voy a decir que..." es porque lo va a decir. Negación. Si arrancás diciendo "mirá no te voy a decir que mi mujer es insegura" tá macho, lo dijiste, ahora no aclares que oscurece. Eso era exactamente lo que querías decir.

Yo no voy a decir que antes vivíamos mejor sin tantas compras. Lo que digo es que a veces se me ocurren ideas raras, como que un día todos estábamos tranquilos, regando la quinta, durmiendo la siesta, volviendo temprano del trabajo, jugando con los gurises o conversando con el almacenero y vino un tipo y nos vendió una heladera. En realidad nos vendió la felicidad. Nos dijo que si nos quedábamos con la Westinghouse blanquita o la Ferrosnalt verde agua íbamos a ser los más felices del barrio. Y funcionó.

Y como funcionó le gustó para ofrecernos otras ofertas: comodidad, bienestar y prestigio. Y nos encajó la cocina eléctrica, el calefón y el tocadiscos. Eso sí, esta vez cambió el discurso. Esta vez nos dijo que el que no comprara iba a ser el más infeliz del barrio. Y nosotros no sólo le creímos, directamente fuimos infelices cuando no pudimos comprarlos. Entonces el tipo vio que algunos podían y otros no. Así que inventó métodos para que todos pudieran. Y creó nuevas formas de comprar felicidad: cuotas, tarjetas, créditos y garantías; para que fuéramos muy, pero muy felices rodeados de multiprocesadoras, planchitas para el pelo y cuchillos eléctricos. No eran felicidades lo que ofrecía... eran facilidades.

El tipo sabía que a nosotros nos viene un temblequeo a la hora de comprar. El tipo sabía que si primero nos convencía de que necesitábamos un microondas y nos conseguía el dinero para comprarlo, lo único que debería hacer después era pasar chiflando adelante de nosotros con un microondas a la venta. El tipo sabía que nosotros pensaríamos que la elección había sido nuestra y que era producto de la libertad que nos ganamos como verdaderos hombres librepensadores. Y sabía que después de firmar conformes, contratos y tarjetas, lo único que quedaría sería trabajar dos veces más para pagar lo que nunca tuvimos intenciones de comprar. Y entramos.

Entramos como unos giles. Nos compramos todo y tuvimos que conseguir otro empleo para poder pagar lo que el tipo nos dijo que necesitábamos con urgencia y que nosotros no nos habíamos dado cuenta de que necesitábamos. Y pagamos recargos, embromamos a nuestra garantía, nos mandaron al clearing y hasta tuvimos que devolver alguna moto.

El tipo sabía que a la hora de ponernos una oferta adelante se nos mueve todo por dentro y nos sube la bilirrubina. Así crecieron las ferias, el Chuy, los Shopping, los Free Shop y los Supermercados: con el único secreto de ir a buscar algo y volver con lo que no fuimos a

buscar. El tipo se dio cuenta de que en ese momento nos desacomodamos de tal manera que primero compramos y después vemos como pagarlo; y peor todavía... después vemos cómo usarlo. Y así andamos por la vida comprando celulares y no tenemos para las llamadas, comprando autos y no tenemos a donde ir, comprando impresoras y no tenemos para los cartuchos. El tipo se dio cuenta de que nosotros no nos dábamos cuenta y que lo importante era hacernos creer que las decisiones eran nuestras.

Como aquella vez en España que si comprabas una plancha te regalaban una jarra de plástico larga y finita. Y después te la regalaban si comprabas fideos, si ibas al cine o si no ibas al cine. Y llenaron el país de jarras altas y finitas y los españoles ya no sabían qué hacer con tanta jarra de plástico larga y finita. Y empezaron a usarlas para darle agua al gato, para poner jugo en la heladera y hasta como florero. Y cuando estuvieron seguros de que había suficientes jarras largas y finitas en los hogares de España... ¡¡¡¡¡Chá-chááá!!! ¡Salió a la venta una nueva marca de leche envasada en una bolsita novedosa! Adivinen. ¡Síííí! La bolsa era larga y finita y calzaba justo, justito en las jarras que todos tenían en sus casas. El resto de la historia no es necesario contarla, todos creyeron que actuaban con independencia de criterio cuando se pasaron a la nueva marca de leche.

Así que desde ese día, el tipo empezó a regalarnos primero las necesidades y después nos vendió lo que calzaba justo adentro de ellas. Al tiempo se dio cuenta de que si la gente hablaba mucho entre sí, se podía avivar. Así que se le ocurrió una magnífica idea: terminar con las conversaciones en familia. Y para que el silencio no despertara a los pensamientos creyó que lo mejor era poner a alguien que hablara todo el día en el medio de cada casa. Que hablara, hablara, hablara y no nos dejara pensar nunca. Y nos vendió el televisor. Metió al Televisor de Troya en nuestros livings, en nuestros comedores y... ¡hasta en nuestros dormitorios! En ese pedacito de vida que queda entre el cansancio, el amor y el descanso. Allí también nos metió la jarrita. Ese día nos embromó de verdad.

Porque el muy hijo de su madre involucró a los niños y los niños empezaron a pedir, y los sicólogos nos hablaron de las frustraciones, que los niños son inocentes, que tienen los mismos derechos que nosotros y nos pesó nuestra propia niñez y dijimos "lo que a mi me faltó que no le falte a mi hijo" sin advertir que en nuestra niñez no teníamos nada pero tampoco nos faltaba nada... porque no se habían inventado aún las cosas que hoy les faltan a algunos niños. Así que salimos a buscar otro trabajo para poder pagar el nuevo plasma. Y nuestra esposa salió atrás de nosotros buscando el dinero que nos permitiera comprar el mejor celular para

**Centro Estético
Chaplin**
Estilista **Eduardo García**
098 49 82 44



SU PELUQUERÍA

COMAC
**Cooperativa Maestros
Ahorro y Crédito.**

Atanasio Sierra 1076
Teléfono 44 52 29 19
Filiales en Vergara y Varela

poder estar en contacto con nuestros hijos y poder llamarlos cuando ellos estuvieran en casa y ella estuviera trabajando para poder pagar el celular para conseguir esa buena comunicación con ellos.

Y el tipo agarró un cordón y ató a los niños a la tele, a sus dibujos y a sus jueguitos, y los sentó y los creó a imagen y semejanza y los crió sin tiempo para saltar charcos, regar quintas, asombrarse ante una golondrina o visitar almaceneros. El tipo se dio cuenta de que no tenía que mostrarnos todo lo que sabía, así que se cuidó muy bien de no poner todo dentro de lo que nos vendía. Y al celular cada seis meses le fue agregando botones y funciones, luces y ruiditos, conexiones y aplicaciones. Y guardó el botón de la felicidad para ponérselo al modelo que se vende cerca de Navidad.

Y nosotros sentimos que necesitábamos ese nuevo aparato. Porque el tipo lo había explicado muy bien por la tele. Sentimos que necesitábamos tenerlo y necesitábamos mostrar que lo teníamos. Y salimos a la calle y dijimos “Acá estoy yo. Yo soy éste, el que lleva puesto el nuevo Iphone 6, el llevado puesto por el nuevo Iphone 6.” Y comenzamos a mirar con compasión y algo de lástima a los que aún usaban el modelo anterior. Y nos vendieron diez veces más el mismo aparato en los cinco años siguientes. Y el tipo vio que el televisor era clave para él.

Así que... apenas se aseguró de haber puesto la jarrita de plas... (perdón) de haber puesto un televisor en cada casa solo era necesario poner allí lo que nos quería vender. Y nosotros, que somos recontra inteligentes empezamos a cuidarnos de las tandas. Y el tipo (que nos conocía bien) lo que nos quería vender lo puso en las películas, en los dibujitos, en los partidos, en los concursos de baile y en los informativos.

Y como vendió mucho, mucho... pudo bajar los precios de lo que vendía. Y mandó a producir sus aparatos a lugares donde pagaba menos por la felicidad. Ahora la felicidad saldría menos.

Eso sí, nos mostró innumerables formas de ser felices. Así que nos compramos la freidora más barata que los tres litros de aceite que lleva. Y nos vendió el radio reloj al mismo precio que un kilo de yerba. Y la tostadora la cobró lo mismo que dos paquetes de pan de tostar. Y el exprimidor al mismo precio que tres kilos de naranjas. Y una olla eléctrica más barata que el puchero que se hace en ella. Y una balanza de baño al precio de un kilo de chauchas. Y una radio para la ducha más barata que un kilo de carne picada. Y una cafetera eléctrica al mismo precio que un kilo de café. Y nos cambió la vieja Ferrosfalt cuatro o cinco veces más “porque el freezer es lo más importante de la heladera” y nos vendió alimentos congelados, películas para envolverlos, tortas fritas alemanas y cazuelas con mondongo japonés.

El tipo nos tenía enganchados y lo sabía. Y tuvimos que conseguir otro trabajo y dejar de ir al fútbol, al comité y a la escuela del nene. Porque estábamos cansados, porque estábamos pelados y porque estábamos de mal humor. Y nos encerramos cada vez más.



Entonces el tipo quiso asegurarse bien y nos metió la Computadora de Troya con conexión a internet. Y empezamos a comprar por teléfono y desde la computadora y sólo salíamos de casa para ir a los trabajos. Aparecieron en nuestro hogar las sartenes sin aceite, las cremas reductoras y mágicas, los pelapapas que no tenés que mover la papa y los aparatos de gimnasia que usamos alocadamente los primeros días, alternadamente al mes siguiente, raramente los seis meses posteriores y que hoy no sabemos si ponerlo parado en el placard, debajo de la cama o colgado del techo.

Y con internet al tipo se le hizo más fácil. Empezamos a mandar correos electrónicos y a comunicarnos por facebook así que él empezó a enterarse qué cosas miramos, qué cosas nos gustan y cuáles compartimos. Quiénes son nuestros amigos, quienes son los amigos de nuestros amigos, dónde estuvimos y dónde vamos a estar, qué alegría tenemos hoy y cuál pena nos entristece el alma. Con la tele se enteró qué cosa miramos, porque es él mismo el que programa todos los canales. Con las tarjetas de crédito se enteró qué y dónde consumíamos. Con los celulares empezó a saber donde estábamos. Con las historias clínicas qué parte del cuerpo nos dolía y qué medicamentos teníamos que comprar. Con las tarjetas de puntos del Supermercado empezó a saber a qué hora, qué día y cuántas veces comprábamos vino tinto y cigarrillos.

Con las cámaras de los bancos y de las calles empezó a saber a qué lugar íbamos, que ropa nos poníamos y con quién andábamos. Con los deliberys qué comíamos, con las redes de pago a quien le mandábamos plata y cuánto nos mandaban, y con las aduanas, los peajes y los GPS se enteró de cada movimiento nuestro. Hizo una ficha de cada uno de nosotros y empezó a cuidarse de aquellos que comenzaron a añorar dormir la siesta, saltar los charcos, contarle un cuento a los nietos, regar la quinta, amocionarse con el olor de un jazmín, visitar al cuñado o hablar con el almacenero.

Y dicen que cada vez que uno se da cuenta, el tipo... perdón... tengo que dejar acá, están golpeando la puerta... están golpeando fuerte la puerta. Mirá...yo no digo que me vinieron a buscar...

Marciano Durán

“La venganza es un acto que quiere cometer quien se siente impotente. Tan pronto como el sentimiento de impotencia se elimina, el deseo de venganza se evapora”. George Orwell

George Orwell